

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12
AÑO V Nº 262
10 • 11 • 2002
RADAR libros
LUIS GUSMÁN Habla de *Ni muerto has perdido tu nombre*
TIFLOLIBROS La primera biblioteca virtual para ciegos
RESEÑAS Bellessi, América Latina, el voto en la Argentina
ISMOS DEL SIGLO XX
En "Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo", publicado en 1934, prácticamente al día siguiente de la llegada de Hitler al poder, el filósofo **Emmanuel Levinas** compara la filosofía del hitlerismo con la del liberalismo y el marxismo. En el anticipo exclusivo que **Radarlibros** ofrece a continuación (en la traducción de Ricardo Ibarlucía que acaba de distribuir el Fondo de Cultura Económica) no sólo puede leerse el desarrollo futuro del nazismo, previsto por Levinas, sino los principales debates filosóficos con los que se cierra el siglo XX.

POR EMMANUEL LEVINAS

La filosofía de Hitler es primaria. Pero las potencias primitivas que se consuman en ella hacen que la fraseología miserable se manifieste bajo el empuje de una fuerza elemental. Despiertan la nostalgia secreta del alma alemana. Más que un contagio o una locura, el hitlerismo es un despertar de sentimientos elementales.

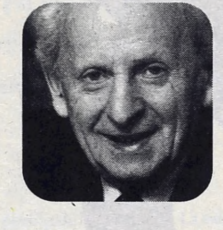
Pero desde entonces, terriblemente peligroso, el hitlerismo se vuelve interesante en términos filosóficos. Pues los sentimientos elementales entrañan una filosofía. Expresan la actitud primera de un alma frente al conjunto de lo real y a su propio destino. Predeterminan o prefiguran el sentido de la aventura que el alma correrá en el mundo.

La filosofía del hitlerismo rebasa de este modo la filosofía de los hitlerianos. Pone en cuestión los principios mismos de toda una civilización. El conflicto no se dirime sólo entre el liberalismo y el hitlerismo. El propio cristianismo está amenazado, pese a los privilegios o concordatos de los que sacan provecho las iglesias cristianas con el advenimiento del régimen.

La libertad infinita con respecto a toda atadura –por la cual, en suma, ninguna atadura es definitiva– está en la base de la noción cristiana del alma. Al seguir siendo la realidad supremamente concreta, al expresar el fondo último del individuo, tiene la austera pureza de un hálito trascendente. A través de las vicisitudes de la historia real del mundo, el poder de renovación da al alma una naturaleza al abrigo de los ataques de un mundo donde entretanto el hombre concreto está instalado. La paradoja no es más que aparente. El desapego del alma no es una abstracción, sino un poder concreto y positivo de desligarse, de abstraerse. La dignidad igual de todas las almas, independientemente de la condición material o social de las personas, no deriva de una teoría que afirme, bajo las diferencias individuales, una analogía de "constitución psicológica". Procede del poder dado al alma de liberarse de *lo que ha sido*, de todo lo que la ha ligado, de todo lo que la ha comprometido, para recuperar su virginidad primera.

Si el liberalismo de los últimos siglos escamotea el aspecto dramático de esta liberación, conserva de él un elemento esencial bajo la forma de la libertad soberana de la razón. Todo el pensamiento filosófico y político de los tiempos modernos tiende a colocar el espíritu humano en un plano superior al real, cava un abismo entre el hombre y el mundo. Al hacer imposible la aplicación de las categorías del mundo físico al mundo espiritual de la razón, coloca el fondo último del espíritu fuera del mundo brutal y de la historia implacable de la existencia concreta. Reemplaza el mundo ciego del sentido común con el mundo reconstruido por la filosofía idealista, bañado de razón y sometido a la razón. En vez de liberación por la gracia, hay autonomía, pero el *leitmotiv* judeocristiano de la libertad la penetra.

Los escritores franceses del siglo XVIII, precursores de la ideología democrática y de la Declaración de los Derechos del Hombre, han confesado, pese a su materialismo, el sentimiento de una razón que exorciza la materia física, psicológica y social. La luz de la razón basta para ahuyentar las sombras de lo irracional. ¿Qué queda del materialismo cuando la materia está totalmente penetrada de razón?



El racismo no se opone sólo a tal o cual punto particular de la cultura cristiana y liberal. No es tal o cual dogma de democracia, de parlamentarismo, de régimen dictatorial o de política religiosa lo que está en juego. Es la humanidad misma del hombre.

El hombre del mundo liberal no elige su destino bajo el peso de una historia. No conoce sus posibilidades como poderes inquietos que bullen en él y que lo orientan ya por una vía determinada. Éstas sólo son para él posibilidades lógicas que se ofrecen a una serena razón que elige guardando eternamente las distancias.

ANTROPOLOGÍA MARXISTA

El marxismo, por primera vez en la historia occidental, impugna esta concepción del hombre.

El espíritu humano ya no se presenta para el marxismo como la pura libertad, como el alma que se eleva por encima de toda atadura; ya no es la pura razón que forma parte de un reino de los fines. El espíritu es presa de necesidades materiales. Pero a merced de una materia y de una sociedad que ya no obedece a la varita mágica de la razón, su existencia concreta y avasallada tiene más importancia, más peso que la impotente razón. La lucha que preexiste a la inteligencia le impone decisiones que ésta no había tomado en cuenta. "El ser determina la conciencia." La ciencia, la moral, la estética, no son moral, ciencia ni estética en sí, sino que traducen a cada momento la oposición fundamental de las civilizaciones burguesa y proletaria.

El espíritu de la concepción tradicional pierde aquel poder de desatar todos los lazos, del que ha estado siempre tan seguro. Choca contra montañas que ninguna fe, por sí misma, puede mover. La libertad absoluta, aquella que realiza milagros, se halla desterrada, por primera vez, de la constitución del espíritu. De ahí que el marxismo se oponga no sólo al cristianismo, sino a todo el liberalismo idealista para que "el ser no determine la conciencia", sino la conciencia o la razón determine el ser.

De ahí que el marxismo marche a contrapelo de la cultura europea o que, al menos, quiebre la curva armoniosa de su desarrollo.

EL LUGAR DEL CUERPO

Sin embargo, esta ruptura con el liberalismo no es definitiva. El marxismo es consciente de continuar, en cierto sentido, las tradiciones de 1789, y el jacobinismo parece inspirar en gran medida a los revolucionarios marxistas. Pero, sobre todo, si la intuición fundamental del marxismo consiste en percibir el espíritu en una relación inevitable con una situación determinada, este encadenamiento no tiene nada de radical. La conciencia individual determinada por el ser no es tan impotente como para no conservar –en principio al menos– el poder de romper el encantamiento social que aparece desde entonces como extraño a su esencia. Tomar conciencia de la situación social es para el propio Marx liberarse del fatalismo que ésta comporta.

Una concepción verdaderamente opuesta a la noción europea del hombre sería posible sólo si la situación social a la cual éste se encuentra engarzado, más que un añadido, constituyera el fondo mismo de su ser. Exigencia paradójica que la experiencia de nuestro cuerpo parece realizar.

¿Qué es, según la interpretación tradicional, tener un cuerpo? Es soportarlo como un objeto del mundo exterior. A Sócrates le pesa como las cadenas que carga el filósofo en la prisión de Atenas; lo encierra como la tumba misma que lo aguarda. El cuerpo es el obstáculo. Quiebra el impulso libre del espíritu, lo trae de nuevo a las condiciones terrenas, pero, como un obstáculo, debe ser sobrellevado.

Es este sentimiento de la eterna extrañeza del cuerpo respecto de nosotros el que ha alimentado al cristianismo y al liberalismo moderno. Es este sentimiento el que ha persistido a través de todas las variantes de la ética y pese a la decadencia sufrida por el ideal ascético desde el Renacimiento. Si los materialistas confundían el yo con el cuerpo, era al precio de una negación pura y simple del espíritu. Situaban el cuerpo en la naturaleza, no le acordaban un rango excepcional en el Universo.

Ahora bien, el cuerpo no es sólo el eterno extranjero. La interpretación clásica relega a un nivel inferior y considera como una etapa que debe superarse el sentimiento de identidad entre nuestro cuerpo y nosotros mismos que ciertas circunstancias tornan particularmente agudo. El cuerpo no es sólo más próximo y más familiar que el resto del mundo, no ejerce sólo dominio sobre nuestra vida psicológica, nuestro humor y nuestra actividad. Más allá de estas constataciones banales, está el sentimiento de identidad. ¿No nos afirmamos en este calor único de nuestro cuerpo mucho antes del despliegue del yo que pretenderá diferenciarse de él? ¿No resisten a toda prueba aquellos lazos que, mucho antes de la eclosión de la inteligencia, la sangre establece? Al encarar un peligroso desafío deportivo, en un arriesgado ejercicio en que los gestos alcanzan una perfección casi abstracta bajo el aliento de la muerte, todo dualismo entre el yo y el cuerpo debe desaparecer. Y en la inclemencia del dolor físico, ¿no experimenta el enfermo la simplicidad indivisible de su ser cuando da vueltas en su lecho de convaleciente para encontrar una posición que lo alivie?

Se dirá que el análisis revela en el dolor la oposición del espíritu a ese dolor, una rebelión, un rechazo a que siga allí y, en consecuencia, una tentativa de superarlo: ¿pero acaso esta tentativa no es caracterizada desde ahora mismo como desesperada? ¿El espíritu que se rebela no permanece encerrado en el dolor, ineluctablemente? ¿Y no es esa desesperación la que constituye el fondo mismo del dolor?

Junto a la interpretación dada por el pensamiento tradicional de Occidente a esos hechos, que llama brutos y groseros y que sabe

reducir, puede subsistir el sentimiento de su originalidad irreductible y el deseo de mantener su pureza. Habría en el dolor físico una posición absoluta.

El cuerpo no es sólo un accidente desgraciado o feliz que nos pone en relación con el mundo implacable de la materia: *su adherencia al yo vale por sí misma*. Es una adherencia de la cual *no se escapa* y que ninguna metáfora podría confundir con la presencia de un objeto exterior, es una unión a la cual nada podría alterarle el gusto trágico por lo definitivo.

Este sentimiento de identidad entre el yo y el cuerpo –que, por supuesto, no tiene nada en común con el materialismo popular– no permitirá pues jamás a aquellos que quieran partir de él encontrar, en el fondo de esa unidad, la dualidad de un espíritu libre que se debate contra el cuerpo al que habría sido engarzado. Para ellos, al contrario, toda la esencia del espíritu consiste en este encadenamiento. Separarlo de las formas concretas con las que desde ahora mismo se halla comprometido es traicionar la originalidad del sentimiento mismo del que conviene partir.

ANTROPOLOGÍA FASCISTA

La importancia atribuida a este sentimiento del cuerpo, con el que el espíritu occidental nunca ha querido conformarse, está en la base de una nueva concepción del hombre. Lo biológico, con todo lo que comporta de fatalidad, se vuelve algo más que un *objeto* de la vida espiritual, se vuelve el corazón. Las misteriosas voces de la sangre, los llamados de la herencia y del pasado a los que el cuerpo sirve de enigmático vehículo, terminan perdiendo su naturaleza de problemas sometidos a la solución de un yo soberanamente libre. El yo no aporta más que las incógnitas para resolver estos problemas. Está constituido por ellos. La esencia del hombre no está en la libertad, sino en una especie de encadenamiento. Ser verdaderamente uno mismo no es echar a volar de nuevo por encima de las contingencias, extrañas siempre a la libertad del yo; es, al contrario, tomar conciencia del encadenamiento original ineluctable, único, a nuestro cuerpo, es, sobre todo, aceptar este encadenamiento.

Desde entonces, toda estructura social que anuncia una liberación con respecto al cuerpo y que no lo compromete se vuelve sospechosa como una deslealtad, como una traición. Las formas de la sociedad moderna fundadas sobre el acuerdo de voluntades libres no parecerán sólo frágiles e inconsistentes, sino falsas y mentirosas. La asimilación de los espíritus pierde la grandeza del triunfo del espíritu sobre el cuerpo. Se vuelve obra de falsarios. Una sociedad de base consanguínea resulta de esta concretización del espíritu. Y entonces, si la raza no existe, ¡hay que inventarla!

PUEBLO Y RAZA

Una sociedad que pierde el contacto vivo con su propio ideal de libertad para aceptar las formas degeneradas y que, al no ver lo que este ideal exige por esfuerzo, se regocija en lo que aporta de comodidad; una sociedad en semejante estado recibe el ideal germánico del hombre como una promesa de sinceridad y de autenticidad. El hombre ya no se encuentra ante un mundo de ideas en el que, mediante una decisión soberana de la razón libre, puede elegir su verdad para sí; de ahora en adelante, se halla ligado sólo a algunas de ellas, como se halla ligado por su nacimiento a todos aquellos que son de su sangre. No puede jugar con la idea porque, salida de su ser concreto, anclada en su carne y en su sangre, ésta conserva su seriedad.

Encadenado a su cuerpo, el hombre se ve rechazando el poder de escapar de sí mismo. La verdad ya no es para él la contemplación de un espectáculo extraño; ésta consiste en un drama en el que el hombre mismo es el actor. Es bajo el peso de toda su existencia –que comporta datos sobre los cuales ya no tenemos que volver– que el hombre dirá su sí o su no.

¿Pero a qué obliga esta sinceridad? Toda asimilación racional o comunión mística entre espíritus que no se apoya sobre una comunidad de sangre es sospechosa. Y, sin embargo, el nuevo tipo de verdad no puede renunciar a la naturaleza formal de la verdad ni dejar de ser universal. La verdad, por más que sea *mi* verdad en el sentido más fuerte de este posesivo, debe tender a la creación de un mundo nuevo. Zaratustra no se conforma con su transfiguración: baja de la montaña y aporta un evangelio. ¿De qué modo la universalidad es compatible con el racismo? Tiene que haber entonces –y está en la lógica de la inspiración primera del racismo– una modificación fundamental de la idea misma de universalidad. *Debe hacer lugar a la idea de expansión*, porque la expansión de una fuerza presenta una estructura totalmente distinta de la propagación de una idea.

Y LAS BIOPOLÍTICAS

Nos encontramos aquí con verdades muy conocidas. Hemos intentado relacionarlas con un principio fundamental. Tal vez hayamos conseguido mostrar que el racismo no se opone sólo a tal o cual punto particular de la cultura cristiana y liberal. No es tal o cual dogma de democracia, de parlamentarismo, de régimen dictatorial o de política religiosa lo que está en juego. Es la humanidad misma del hombre.

EL OTRO, EL MISMO

POR PABLO DREIZIK

El 7 y 8 de diciembre de 1996, el anfiteatro Richelieu de la Sorbonne, en un homenaje a Emmanuel Levinas a un año de su fallecimiento, congregó un número notable de filósofos. Un año antes, Derrida leía durante el entierro de Levinas: "Desde hace tiempo, mucho tiempo, temía tener que decir adiós a Emmanuel Levinas. Sabía que mi voz temblaría en el momento de hacerlo, y sobre todo en el momento de hacerlo en voz alta, aquí, ante él, tan cerca de él".

La atención dirigida a la figura de Levinas no sucedió a su muerte y más bien se remonta a los años maduros de sus investigaciones filosóficas. Un índice de ello lo ofrecen los numerosos simposios filosóficos, en vida del filósofo, ocupados en discutir diversos aspectos de su obra, reunidos luego en textos: *Textes pour Emmanuel Levinas* (París, J. M. Place, 1980); *Exercices de la patience* (París, Obsediane, 1980); un consagratario *Cahier de L'Herne* (1991); *Re-Reding Levinas* (Indiana University Press, 1991); *The Provocation of Levinas: Rethinking the other* (Warwick Studies in Philosophy and Literature, 1988), entre muchos otros. En el mismo sentido, en 1991 se publicó en Francia un seminario de Paul Ricoeur enteramente dedicado a dilucidar conceptos centrales de la obra de Levinas, en tanto que en su última gran obra *–Sí Mismo como Otro–* organiza sus secciones principales en diálogo crítico con las nociones de Levinas acerca del Otro, la ética y la alteridad.

El ascendente del pensamiento de Levinas se deja ver con sólo revisar los *Philosophical Index* y constatar la proliferación de trabajos acerca de su obra en revistas especializas en filosofía. Igual sucede con la edición este año de *The Cambridge Companion to Levinas* (Universidad de Cambridge) y el último número de la prestigiosa *Revue philosophique* de Louvain, curada brillantemente por Fabio Ciaramelli.

Emmanuel Levinas nació en un hogar judío de Kovno (Lituania) el 12 de enero de 1906. En 1923 se instala en Estrasburgo donde estudia filosofía y descubre a Husserl. Del peso de este encuentro intelectual darán cuenta su tesis doctoral friburguense, "Teoría de la intuición en la fenomenología de Edmund Husserl" (1930), "Sur les 'Ideen' de Husserl" (1931) y, muy especialmente, la traducción al francés de *Meditaciones cartesianas* de Husserl. Trabajos todos pioneros en la difusión del pensamiento del padre de la fenomenología en Francia. Como tantos otros jóvenes académicos, Levinas experimenta una corriente de fascinación por Heidegger ("tuve la impresión de haberme dirigido a Husserl y haber encontrado a Heidegger").

Nuevamente, con la publicación de "Martin Heidegger et l'ontologie" (1932), da a conocer, muy tempranamente para el ámbito francés, los desarrollos de ontologías fundamentales alemanas.

Sin embargo, la novedad radical de la intervención de Levinas en el campo de la filosofía, que implica en el mismo movimiento una ruptura con el pensamiento de Heidegger, dará comienzo con un elenco de trabajos, no casualmente, fechados hacia el año 1933. Durante este período (en el que se sitúan los fragmentos que se reproducen en esta edición de **Radarlibros**), relee la tradición del pensamiento judío, especialmente *Der Stern der Ersösung*, la obra de Franz Rosenzweig.

A partir de este período Levinas inicia su crítica a la ontología –que va de Parménides a Heidegger– presentándola como filosofía de la potencia y la violencia. "Filosofía del poder, la ontología, como filosofía primera que no cuestiona el Mismo, es una filosofía de la injusticia. La ontología heideggeriana, que subordina la relación con el Otro a la relación con el ser en general, permanece en la obediencia de lo anónimo y lleva, fatalmente, a otra potencia, a la dominación imperialista, a la tiranía." Se esboza así la matriz de implicación de las ontologías que han presidido el curso de la especulación en Occidente, con el nazismo y los fascismos.

Esta línea crítica cristaliza en su primera obra mayor, *Totalidad e Infinito*, cuya clave de ingreso descansa en los términos contrastados de lo Mismo como persistencia en lo propio, y lo Otro como su puesta en cuestión. Pertenecen a este texto un cuidado repertorio de nociones –rostro (visage), goce, recibimiento, cuerpo propio y mundo– que permiten que el modo en que lo Otro afecta al Mismo, la puesta en cuestión, signifique éticamente. Este movimiento será radicalizado en "De otro modo que ser o más allá de la esencia", en el que el Otro hace su presentación como trauma, como estallido o fisión de lo Mismo, "como en una hemorragia hemofílica". Así, la significación ética de la intersubjetividad corresponderá a un "traumatismo de la responsabilidad".

LA POESÍA ES UNA ARMA CARGADA DE FUTURO

MATE COCIDO
Diana Bellessi

Grupo Editor Latinoamericano
Buenos Aires, 2002
190 págs.

POR ARIEL SCHETTINI

"Así está hecha mi gente/ son de acero y son de ley" y "Segundo David Peralta, alias Mate Cosido (sic)/ Resistió fuera de ley, resistió fuera de ley" son las dos citas (respectivamente de la Mona Jiménez y de Gieco/Chumbita) que abren el último libro de Diana Bellessi y que describen de manera precisa los propósitos literarios de *Mate cocido*. Se trata de encontrar el lugar para hablar, o para cantar, que está al mismo tiempo fuera de la ley (como el bandido) y que al mismo tiempo *es* la ley (como la Mona).

Alguien podría decir que esa fórmula de la legitimidad de la voz es, justamente, lo que define a la literatura gauchesca y probablemente a toda la literatura argentina (incluidos Sarmiento, Gutiérrez y Payró). En todo caso, seguramente incluye a toda la literatura que se piensa desde lo rural y desde lo popular. Pero en todos estos ejemplos hay muy poca "literatura femenina". Si *Mate cocido* es un hito en la historia de la literatura es precisamente porque es el primer libro de literatura gauchesca escrito por una mujer. Y, sobre todo, por una mujer feminista.

Ése quizá sea uno de sus hallazgos más notables, aunque no el único.

Escrito en unos versos cortos, como si se tratara de coplas, los poemas de Bellessi retornan al siglo anterior de nuestra literatura para narrar el siglo que viene, pero siempre contando un relato marginal y siempre contando un relato "colectivo". Porque, como en la literatura gauchesca, se trata de discutir con dos leyes: la ley de los hombres (el ejército, la justicia, la policía, los indios) y las leyes de la naturaleza (la pampa, el ombú, la intemperie, el desierto).

Diana Bellessi ya había contado los debates con la naturaleza y la distante familiaridad con ella en su libro *El jar-*

EL MAL ARGENTINO



LA REVOLUCION DEL VOTO
Marcela Ternavasio

Siglo XXI
Buenos Aires, 2002
286 págs.

POR JORGE PINEDO

Ignorancia, cuando no prejuicio, restringen la práctica electoral a partir de la Ley Sáenz Peña (el voto femenino tuvo que esperar a la iniciativa de Eva Perón). Ideología que hace de la desmemoria una herramienta de poder y de la gimnasia del sufragio, un subterfugio funcional a la eventual legitimación de una corporación política que, opípara de entremeses domésticos, hace valer el espíritu de cuerpo a la hora de acomodarse en sus poltronas.

Sin embargo, del mismo modo que la augural iniciativa por una efectiva presencia femenina en la institución del Estado fue llevada a cabo en abril de 1833 por "Las Porteñas Federales", el voto popular en elecciones periódicas signó el método en que debían surgir las autoridades desde la revolución de 1810. Regulada por la "feliz experiencia" rivadaviana, la incipiente presencia democrática no logró ser desterrada, aun durante las dos largas décadas en que gobernó Juan Manuel de Rosas.

Precisamente este período es el que abarca el ensayo de la historiadora rosarina Marcela Ternavasio quien, con la profundidad propia de una tesis doctoral, establece un relato de notable actualidad. Las referencias epistolares, crónicas periodísticas de la época y aun letrillas del cancionero popular cumplen la tarea de otorgar a *La revolución del voto* sostén documental y amenidad sin ligereza.

Nunca está de más reiterar los latiguillos que aseguran aquello de que las sociedades que olvidan su historia están condenadas a repetirla (la peor). De modo complementario se suma la verdad marxiana acerca de que las tragedias históricas retornan como farsas. Apotegmas de cruda corroboración en tierra argentina, de patética compulsión a la repetición, donde, hoy como ayer, grupos de la elite bonaerense identifican "la práctica asambleísta con el desorden, los tumultos, la política facciosa, el desborde popular, en definitiva con la noción de ingobernabilidad". Caracterización que motiva "controlar los mecanismos de acceso al poder en el interior de la propia elite, cuyas divisiones amenazaban permanentemente la estabilidad del gobierno de turno", en especial frente "a la más remota posibilidad de que los sectores populares movilizados intentaran organizar, a través del sufragio, una suerte de gobierno de la plebe". Que tales afirmaciones se refieran a la actualidad vigente en agosto de 1815 señala, al menos, que poco y nada se ha aprendido. Tanto como que el modelo de las elites extiende su triunfo desde aquel entonces sin haberse tomado el trabajo de perfeccionarlo.

Tras batallar con la prudente cortesía historiográfica que impone el uso del condicional, Marcela Ternavasio aborda tales correspondencias, y en su no menos discreto que contundente, imperdible epílogo, no se priva de destacar "la escasa predisposición que mostraron los grupos dirigentes para aceptar la alternancia en el poder cuando ésta se ponía en juego a partir de la implacable soberanía del número". Más aún, redobla la apuesta al situar la enfermedad (¿terminal?) argentina "en sus sectores dirigentes" y al afirmar "que la temprana inclusión de la lógica electoral como criterio de legitimidad estuvo muy lejos de alentar la configuración de una cultura política pluralista".

Cada página de *La revolución del voto* reafirma la vigencia de un título que, transformado en propuesta participativa, brinda un plausible corolario a la consigna "Que se vayan todos, que no quede ni uno solo".

dín, donde trataba con ese espacio doméstico y limítrofe entre el instinto de la naturaleza y las leyes de la poda, el cantero y la institución. *Mate cocido* va un paso más allá, hasta los pobladores del límite y por eso está lleno de personajes, recuerdos, y "enseñanzas" como las del Viejo Vizcacha.

Diana Bellessi es conocida en el mundo literario por su voz de lectora. Una voz que busca la neutralidad del locutor de radio de los inicios de la radio o, quién sabe, el tono amanerado y extático de la maestra rural. Lo cierto es que su voz está tan ligada a los poemas como la escritura misma. Quizá sea por eso que su último libro está poblado de pájaros. Zorzales (los de la naturaleza y el del tango), mirlos, alondras y lechuzas vienen a decir que la poesía todavía no se despegó del canto, y es en la voz (en la memoria) donde todavía vive. En eso también recupera ese espíritu de los versos gauchescos que siempre trabajan el tema del canto y la poesía pensada siempre como diálogo y como socialidad: "como el ave solitaria/ con el cantar se consuela".

Por eso este libro es una marca fundante y, al mismo tiempo que discute con toda la tradición argentina, es tan moderno. La mirada de Bellessi es una mirada penetrante que trata de buscar cuáles son las fórmulas de nuestra cultura para desenmascararlas y exhibir sus mecanismos. Toda cultura, claro, se puede reducir a una serie de fórmulas productivas que la constituyen y que nos imponen un límite de acción. *Mate cocido*, alejado del vicio confesional de la "poesía femenina", tiene el poder de nombrar el límite. Para eso busca en los personajes-límite de nuestro presente: "el bolita", "los negros", "los militantes políticos", "las mujeres cómplices", el "drag queen"; pero también en los que le dio la literatura: Martín Edén, un personaje de Jack London (escritor inglés y socialista), Robin Hood, Romeo y Julieta... Todos marginales y al mismo tiempo todos en estado de lucha. Porque si algo define a este libro es su busca de los espacios donde se dan las luchas.

Y todo eso con humor. No se trata de un libro de lamento por las pérdidas, ni una fetichización de la autenticidad de la pobreza (tan de moda, por otra parte), sino todo lo contrario: casi un libro feliz en el que las verdaderas identidades se reconocen en el lugar en el que se discuten: unas mujeres inglesas se desnudan para hacer dinero, dos mujeres escapan de la ley y se encuentran con la aventura, o el rufián que esclaviza inmigrantes para la industria textil o para la prostitución hace de esa cárcel su reino de infamia.

Ése es el tono del libro: maleantes y policías reunidos en una especie de fiesta dionisíaca, trágica y excesiva, pero también con momentos de alegría frívola o sorpresa del detalle ínfimo y sin valor de cambio.

Ese mundo en movimiento que muestra *Mate cocido* es también uno de los temas que recorre la obra de la autora. El mundo como un lugar de oportunidades, como choque azaroso de cosas que no se convienen, que generan la posibilidad del activismo, de la conciencia, de la fascinación del mundo. Si hay un modo de definir la obra de Diana Bellessi es la de una lengua que busca su oportunidad, o su momento de descubrimiento, para expresarse. Por eso sus poemas parecen hablar siempre del conflicto del presente. En fin, como en la literatura gauchesca: imposible de desatar la eternidad de la lengua, si no es iluminada por lo más inmediato, por lo más urgente, es decir, la oportunidad pensada siempre como arma política.

SIN SENTIDO

SOCIEDADES SIN DESTINO. ¿AMÉRICA LATINA TIENE LO QUE SE MERECE?
Fernando López-Alves

Taurus
Buenos Aires, 2002
250 págs.

POR DANIEL MUNDO

La época moderna consideró que la historia tenía una dirección y obedecía a una necesidad: el progreso era la figura que sostenía esta filosofía de la historia. Las dos guerras mundiales devastaron este imaginario, que hoy el intelectual se avergüenza de utilizar. López-Alves recurre a una palabra más enigmática: destino. La idea de destino comporta dos connotaciones que López-Alves desglosa. Por un lado –sostiene– da a entender "una suerte de escatología según la cual el futuro está predeterminado": hay naciones e individuos que nacieron con la misión de gobernar, y otras que nacieron para obedecer. Por otro lado, el destino puede ser considerado como la última etapa de un viaje, el final de un recorrido. Si una nación, como un individuo, no sabe a dónde quiere llegar, no podrá mejorar sus condiciones de vida, ni la calidad de sus experiencias.

Sociedades sin destino no habla, entonces, de progreso, pero sí se vale del término que vino en su reemplazo: desarrollo. En lugar de desmontar el concepto, López-Alves lo naturaliza: el camino de la historia sigue estando prescripto. Por ello, resulta baladí ponerse a imaginar qué futuro se desea: la marcha humeante del futuro tiene como meta el ritmo del desarrollo. Tal vez, en todo caso, sería más importante preguntarse cómo, qué fuerza o poder en nosotros, puede imaginar algún futuro. ¿Acaso nuestro deseo responde a nuestra voluntad? Pero en *Sociedades sin futuro* no hay lugar para este tipo de interrogaciones; más bien propone una cartografía imaginaria del mundo que se viene. La lógica de la que se sirve para ordenar este mapa del futuro no está muy lejos de la que se necesita para tener alguna chance de vencer en ese juego bélico que animaba nuestra adolescencia. *Sociedades sin destino* proyecta las conquistas, los pactos, las traiciones que se tramaban sobre el cartón, a la totalidad del globo: "¿Qué estrategia", se pregunta López-Alves, "deberían adoptar los Estados Unidos para evitar el declive de su poder global?". Un T.E.G. planetario.

Con la caída del Muro de Berlín se inicia un nuevo tipo de historia, "más complejo, con más jugadores". Estos jugadores, que tendrán una nueva fisonomía, "podrán vivir en un contexto controlado, seguro, divertido. Una confusa mezcla de realidad y fantasía". López-Alves deja entrever que el modelo a seguir, en esto como en el proyecto cultural más amplio, es el norteamericano medio: una belleza cacofónica cuyos ecos ya influyen en discursos que supieron ser críticos. Como muchos *papers* académicos, con su estilo homogéneo e impersonal, este libro brinda abundante información, aunque no aporta orientación ni sentido. Hay libros escritos para no ser leídos, libros que no gustan pero tampoco ameritan discusión, y que a lo sumo causan una pequeña tristeza.



INFANTILES

Carmen Loguercio (autora de los recientes *Cuentos sulfurosos*) y el dibujante Istvan se reunieron para esta colección de diez pequeños libros infantiles, breves y de edición impecable, llamada *Los secretos de mamá* (Productora-Editorial Karabós). El primer libro de la colección incluye *El arrayán*, donde la autora cuenta la historia de un arrayán trasplantado desde la Cordillera de los Andes a una maceta en la ciudad, y revela dos de sus intereses: la ecología y la geografía del sur argentino: desde hace más de cuarenta años Loguercio está radicada en General Roca, Provincia de Río Negro, donde se desempeña como tesorera en la Fundación Cultural Patagonia-Ciudad de las Artes. También es titiritera, y así el cuento *La Flor Voladora* en el segundo libro de la colección cuenta la historia de una compañía de títeres que viaja por el mundo con un presentador llamado Bigotes. En el tercer y cuarto libro aparecen teatralizaciónes de leyendas populares: *El peludo y el zorro* y *El zorro y el tigre*. Y el quinto y sexto están dedicados a Sebastián, un chico flaquito al que le gusta la música y la naturaleza: el cuento *Sebastián, al que se le mojaban las canciones* aparece también en versión teatral.

El encanto de las narraciones de Loguercio, la mayoría con protagonistas del mundo animal y una evidente preocupación por el cuidado de la naturaleza desde un acercamiento cariñoso, se basa en una simpleza para nada condescendiente. Y las ilustraciones de Istvan, planos de colores con alguna técnica de collage, no sólo acompañan sino que complementan los textos con idéntica sencillez y buen gusto. Carmen Loguercio nació en la ciudad de La Plata, es titiritera, escritora y asistente social y se formó como bibliotecaria y profesora de expresión corporal. Istvan, ganador de numerosos premios internacionales, es autor de, entre otros, *Ideas claras de Julito enamorado* (Ed. Norma) y *Leyenda Ugandesa* (Ed. Tándem, España).

BIBLIOTECAS

LOS CONJURADOS

Son apenas cinco, pero en menos de tres años, trabajando a pulmón, sin subsidios de ninguna clase y por las ganas locas de leer todos los libros del mundo que no estaban en Braille, edificaron una biblioteca digital para ciegos que ya tiene cinco mil títulos y miembros en treinta países diferentes. Conozca la formidable historia de "Tiflolibros".

POR JUAN FORN

Para los ciegos, la expresión "lector ideal" significa algo mucho más concreto que para el resto de los mortales. Especialmente desde mediados de los '90, fecha en la que pudieron acceder al uso de computadoras y a una opción de lectura impensada hasta poco tiempo antes. La cosa no era sencilla ni barata precisamente, pero sumando un escaner y un sintetizador de voz a sus computadoras (aparatito bastante caro, que se conectaba al equipo y "leía" los archivos de texto), los ciegos pudieron por fin hacer realidad un pequeño placer que hasta entonces les estaba vedado: ir a una librería, comprar el libro que les diera la gana y poder leerlo por las suyas. Tenían que escanear cada página del libro primero, es cierto, pero el esfuerzo se justificaba largamente cuando la robótica entonación del sintetizador de voz se convertía para ellos en el tantas veces mentado "lector ideal" y los convertía a ellos en lectores genuinos: del libro que quisieran, a la hora que quisieran, durante el tiempo que quisieran.

Hasta entonces, las posibilidades de acceso a los libros que tenían los ciegos se reducían a los textos en Braille (para aquellos que conocían ese sistema), a la oferta más que limitada de audiolibros o al albur de que un voluntario les leyera en vivo y en directo o a través de un casete grabado especialmente. En cuanto a las tres bibliotecas para ciegos que había en Buenos Aires, su stock era doblemente limitado: antes de la informatización, los libros en Braille se copiaban a mano (lo hacían voluntarios videntes que conocían el lenguaje), o sea que cada biblioteca tenía a lo sumo una sola copia de cada texto "traducido" al Braille, lo que significaba que las más de las veces había que esperar turno hasta tener por fin el libro entre manos (para no hablar del voluminoso tamaño que tienen las ediciones en Braille, lo que volvía titánica la tarea de llevarse a casa más de un par de volúmenes).

"A pesar de lo caros que eran los escaners y los sintetizadores de voz, para nosotros significaron un salto importantísimo", cuenta Pablo Lecuona, uno de los fundadores de Tiflolibros. "Hasta hoy me acuerdo del día en que vinieron a instalármelos en mi computadora. Yo iba como loco apilando libros que andaban por mi casa y hacía años que tenía ganas de leer. Entonces me agarró la desesperación por decidir con cuál empezar. Otra emoción fue cuando vino mi cumpleaños: esa misma noche, cuando se fueron los invitados, pude sentarme a leer uno de los libros que me habían regalado. Era *Una sombra ya pronto serás*, de Osvaldo Soriano, que acababa de aparecer."

Con las computadoras vino el correo electrónico, y a través de ese medio comenzó el intercambio de textos que cada uno de los voraces lectores había almacenado en su computadora. "Con Mara, mi mujer, nos habíamos suscripto a un par de listas de correo sobre tecnología para ciegos, que nos servían muchísimo, ya que uno manda ahí cada dificultad que tiene con su computadora, o pregunta cómo usar algún programa, y el mensaje llega a todos los que están suscriptos a la lista, y siempre hay alguno que ya tuvo el problema y sabe resolverlo. Así que, sin tener mucha idea de cómo se armaba una de esas listas, decidimos inventar una y proponer el intercambio de los libros que cada uno tenía almacenado en su computadora. No teníamos claro si era legal o no intercambiar libros por internet, y no queríamos violar los derechos de autor. Pero era una oportunidad única de acceder a más lecturas, así que avisamos a todos nuestros amigos (a algunos llegamos a amenazarlos para que se suscribieran), mandamos un mensaje a las listas para ciegos a las que estábamos suscriptos (donde la mayoría eran españoles, sólo alguno que otro era de países latinoamericanos) y, esa misma noche, ya había dieciocho personas suscriptas a Tiflolibros. Me acuerdo del comentario que le hice a Mara: *¡Si un día queremos reunirnos todos, no entramos en casa!*". La primera medida del grupo de conjurados fue armar un catálogo con los datos de cada libro y la dirección electrónica de quien lo tenía. La segunda medida fue que el acceso a la lista fuera gratuito pero restringido a personas discapacitadas (las normas internacionales que rigen desde siempre el funcionamiento de las bibliotecas para ciegos, sea en Braille o cassette, estipulan que los libros pueden circular libremente mientras se distribuyan en forma gratuita y sólo a aquellas personas que por algún impedimento físico no puedan acceder a la lectura en el formato convencional). La



FOTO PABLO MEHANNA

tercera fue armar un sitio web: "En enero del 2000 encontramos una revista que explicaba cómo armar un sitio gratis. Sin entender nada de servidores, nos lanzamos. En principio era una página sólo de información: un servidor gratuito que nos daba espacio limitado, pero suficiente para lo que queríamos. Luego encontramos otro sitio gratuito que daba espacio ilimitado y permitía el acceso vía contraseña. Cuando conseguimos armar un lugar donde sólo pudieran acceder nuestros usuarios, colocamos allí todos los libros que teníamos".

Así surgió la primera biblioteca de Tiflolibros en la web, tan entusiasta como precaria: el sitio no ofrecía la opción de búsqueda; era una larga sábana de títulos ordenados alfabéticamente por autor. Casi cada día se sumaban nuevos usuarios que mandaban su stock; un par de amigos españoles de Tiflolibros, que tenían conexión a internet de tarifa plana, recibían y "subían" los libros que iban llegando, y Mara y Pablo agregaban manualmente cada nuevo título a la lista. Para el primer cumpleaños de Tiflolibros, la biblioteca contaba con algo más de mil títulos, y doscientas personas suscriptas con ingreso. Por entonces se suma activamente al equipo André Duré (un programador ciego que formaba parte de la lista casi desde el principio), contratan un servicio de banda ancha y comienzan a hacerse cargo de todo el proceso desde una misma "central", ya con buscador propio y un rediseño de página (que incluye un sector de información apto para todo público y un sector de biblioteca exclusivo para aquellos suscriptos que hayan enviado la certificación de su discapacidad).

Para abril del 2001 hay una buena noticia y una mala noticia: la mala es que André se queda sin trabajo; la buena es que eso le da mucho más tiempo para dedicar a Tiflolibros. Lo que lleva a una aclaración importante: toda esta tarea es realizada por el equipo sin ganar un peso, en sus horas libres y sin ningún subsidio ni financiación estatal o privada. Con ese espíritu parten a la Feria del Libro, a tantear a autores y editoriales a ver si les podían facilitar textos para incorporar a la biblioteca: "Sabíamos que todos los sellos editan sus libros a partir de la computadora, y que los propios autores entregan sus originales en diskette. Esos archivos de texto nos ahorraban a nosotros el escaneo (que implica un doble esfuerzo: no sólo el escaneo en sí sino la corrección de errores que a veces genera la lectura óptica)", dice Pablo. Pero tenían que garantizar que el material que recibieran no pudiera ser "pirateado", para lo cual André y Gustavo Ramírez habían inventado el *Tiflolector*: un formato en el que se encriptan los archivos de texto que los hace completamente inaccesibles para un lector vidente (no sólo para copiarlos e imprimirlos, sino que incluso evita que el texto se visualice en pantalla). El programa permite abrir los archivos no sólo en el formato encriptado (tfl) sino también en Braille.

"El trabajo con las editoriales es arduo. No es fácil llegar a la persona que decide, explicarle cómo podemos leer los ciegos a través de una computadora, y cómo protegemos los textos que nos dan, para que sólo puedan decodificarlos personas ciegas que usan programas lectores de pantalla. Lo que hacemos es ir a la entrevista con una notebook y mostrar cómo funciona el Tiflolector. Por lo general la recepción es buena. Lo que cuesta es que, luego de esa primera donación, nos sigan dando libros. Pero es cuestión de insistir y de ir trabajando con paciencia", dice Mara.

La génesis del Tiflolector es digna de contarse. Según Pablo, "nos había pasado varias veces que llegaba un correo electrónico y mi mujer, que no es ciega, decía que el mensaje estaba vacío pero yo lo leía perfectamente con mi programa lector de pantalla. Era porque venía con el fondo del mismo color que la letra. Así que, medio en broma, medio en serio, le dijimos a André que inventara algo a partir de eso". Hoy está casi lista una nueva versión del Tiflolector, que incluye voz propia, para que la persona que no tenga instalado en su computadora el lector de pantalla OCR (Reconocimiento Optico de Caracteres, un programa que sigue siendo muy caro) pueda leer igual los textos que baja de Tiflolibros. Y André y Gustavo están desarrollando un sistema para que la gente que no tiene un acceso barato a internet, o que tiene dificultades para manejarse en una página web, pueda pedir libros directamente por comandos de mail. "La idea es que cada día más personas ciegas puedan acceder a nuestros libros de la manera más sencilla y sin grandes requerimientos de programas", dice André.

La biblioteca digital de Tiflolibros cuenta en la actualidad con más de cinco mil títulos, su lista de correo está compuesta por gente de treinta países diferentes, mayoritariamente ciegos o con disminuciones visuales severas (también hay personas con otras discapacidades como parálisis y cuadriplejia, y personas con vista que trabajan en instituciones donde se atiende a ciegos o disminuidos visuales). Y el reducido equipo que lo conforma sigue trabajando a pulmón, desde sus casas y en los ratos libres que les dejan el trabajo y los estudios: Pablo Lecuona (27 años, ciego, estudiante avanzado de Ciencias de la Comunicación, orientación Comunicación Comunitaria, en la UBA), Mara Lis Vilar (esposa de Pablo, 27 años, profesora de ciegos y disminuidos visuales), André Duré (24 años, ciego, programador), Gustavo Ramírez (21 años, ciego, analista de sistemas) y Marta Traina (esposa de André, 31 años, ciega, estudiante de Ciencias de la Comunicación en la UBA). Desde principios de este año, se ha sumado al equipo original una cincuentena de voluntarios que colabora en las tareas de tipeo, escaneo y corrección de libros. Y, para poder establecer relaciones con otras instituciones, han formado Tiflonexos, asociación civil con personería jurídica desde donde planean desarrollar otros proyectos que acerquen la discapacidad a la cultura, la comunicación y la tecnología. En pocos días más, el 22 de noviembre, Tiflolibros celebrará su tercer año de vida, con Ana María Shua como invitada de honor (Ani fue la primera escritora que dio sus originales a la biblioteca). En la mitología griega, Tiflos era la isla adonde se desterraba a los ciegos. Si al quinteto de Tiflolibros lo desterraran a alguna isla, estoy seguro de que levantarían una nueva biblioteca de Alejandría. Y no dejarían ni ahí que ardiera tan fácil como la primera.

TIFLOLIBROS

Primera Biblioteca Digital para Ciegos de Habla Hispana

En su Tercer Aniversario, Tiflolibros ha organizado una "Charla Abierta con Ana María Shua" el viernes 22 de noviembre a las 19 en el Microcine de la Sala Pública de la Biblioteca del Congreso de la Nación (Alsina 1835). Informes: 4931-9002 o tiflolibros@tiflolibros.com.ar

Sitio Web: http://www.tiflolibros.com.ar

NOTICIAS DEL MUNDO

PLAGIO

Yann Martel, escritor canadiense de 39 años, ganó hace dos semanas el Booker Prize, galardón literario más prestigioso de Gran Bretaña con su novela *The Life of Pi*. El premio ya había despertado polémica, porque por primera vez se abría para países de habla inglesa fuera del Reino Unido, pero ahora definitivamente Martel no puede disfrutar de sus 50 mil libras. Es que Moacyr Scliar, un escritor brasileño de 65 años, sostiene que *The Life of Pi* se parece demasiado a su novela *Max e os felinos*. Martel reconoció haberse inspirado en el libro de Scliar, aunque nunca lo leyó: sencillamente habría leído una reseña de *Max e os felinos* escrita por John Updike en el *New York Times*. Pero el *New York Times* asegura que jamás reseñó la novela. *The Life of Pi* narra la historia de un joven indio que sobrevive a un naufragio y se encuentra con un tigre en la embarcación de rescate. La historia de Scliar es idéntica, sólo que el joven es judío y el tigre, pantera. El jurado había considerado a la novela "original y atrevida". Scliar, mientras tanto, entre halagado y molesto, busca más similitudes para sostener su caso.

OKUPAS

Los descendientes de Macbeth, señor de Moray (1005-1057) cuya historia inspiró a Shakespeare para su tragedia, están peleando por un castillo que poseen en Escocia. Angelika, condesa viuda de Cawdor y descendiente de Macbeth, inició juicio de desalojo a su hijastro, el séptimo duque de Cawdor, que se instaló en el castillo sin pedirle permiso mientras ella vacacionaba en Estados Unidos. Parece que el conde (y su mujer e hijos) están encendiendo una chimenea que no funciona y provocando incendios que pondrían en peligro valiosísimas antigüedades, para horror de la condesa. El abogado del conde sostiene que su cliente tiene derecho a usar el castillo en invierno (en verano es una atracción turística), y la condesa decidió romper relaciones con la empresa que administra el castillo, que dejará de estar contratada en mayo próximo.

PREMIOS

Chantal Thomas ganó en Francia el premio Femina de novela con *Les adieux à la reine*, libro sobre los tres últimos días de la reina María Antonieta en el palacio de Versalles en 1789, narrados por su amiga Agathe Sidonie Laborde. Thomas es autora de numerosos ensayos sobre el Marqués de Sade, Thomas Bernhard y Casanova. También en Francia, Anne F. Garréta ganó el premio Médicis con *Pas un jour*, según la autora "un libro sobre las mujeres que amé y me amaron". El Médicis para novela extranjera fue para Philip Roth y su novela *La Tache*, sobre la ola de puritanismo que inundó los Estados Unidos durante el escándalo del presidente Bill Clinton con la pasante Monica Lewinsky.

ENTREVISTA

DR. JEKYLL Y MR. HYDE


FOTO NORA LEZANO

El autor de *El frasquito* recibió a **Radarlibros** en su consultorio y habló sobre su última *nouvelle*, *Ni muerto has perdido tu nombre*, que ubica en el centro de una trilogía imaginaria y sobre la que prefiere hablar como si la hubiera escrito en trance.

POR JONATHAN ROVNER

Luis Gusman es psicoanalista y escritor. Sus novelas se leen en los cursos de teoría literaria de la UBA, sus trabajos se publican en las revistas especializadas. Una doble condición que invita a leer toda su producción desde una doble perspectiva, al mismo tiempo como obra y como trabajo. Aunque Gusman prefiere sostener ambas vidas separadas: Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Cuando escribe ensayos es uno y cuando narra ficciones es otro. *Ni muerto has perdido tu nombre* es un relato que, sin participar de manera unívoca del género, sabe muy bien cómo generar un contundente efecto de suspenso. Sus protagonistas son un ex torturador, Varelita; un hijo de desaparecidos en plan de recuperar su pasado; y Ana Botero, una mujer a la que todavía hoy la historia le sigue jugando sucio. La trama se desarrolla en una doble temporalidad: el presente, por un lado; y por el otro, fracturándolo, el horror de la dictadura pasada.

¿Qué lo motiva a tomar como material para sus ficciones los hechos relacionados con la historia argentina reciente?

–Siempre tuve una fantasía, no sé si megalómana: me gustan mucho los escritores que escribieron trilogías, como Herman Brod en *Los sonámbulos*. La idea era escribir una trilogía. *Villa* viene a representar el lugar de la clandestinidad y el colaboracionismo. *Ana Botero*, en esa fantasía (después le cambié el título y pasó a llamarse *Ni muerto has perdido tu nombre*), trabaja con el lado del cruce entre la militancia y la palabra quebrada, por las circunstancias que le toca vivir. La tercera, que todavía no escribí, sería una novela, seguramente la más difícil, escrita directamente desde la perspectiva de la militancia. La caída de los ideales, la derrota, al menos en países como el nuestro. La vertiente más difícil.

Tanto en *Villa* como en *Ni muerto has perdido tu nombre*, la perspectiva no es tanto la de un grupo como la de un individuo, diríase, con nombre y apellido. ¿Cómo explica esa importancia que cobra el nombre propio en sus novelas?

–Me parece que el nombre propio aporta, en principio, la identidad. Además representa una fuente muy fuerte de identificación, muy rápida, del lector hacia el personaje. Si pensamos en *Juntacadáveres*, de Onetti, en su primera página, la descripción que se hace de cómo viene caminando Larsen. En ese caso es el nombre propio lo que nos introduce rápidamente en la historia. O en Gatsby, por ejemplo, que no aparece nombrado sino hasta la página cincuenta y pico. Pero todo el relato nos está preparando para su aparición. Es como si se lo estuviera esperando. Y también porque en mi literatura, sobre todo en *El frasquito*, había como mucha dispersión, predominaba cierta anomia, las historias se entremezclaban de tal manera que los personajes no quedaban del todo delineados como tales. Desde *Villa* intenté cambiar eso y narrar desde el personaje.

Pero habría otra forma de entender la importancia del nombre propio, que no tiene tanto que ver con la forma de narrar como con ciertas conclusiones sobre lo concreto...

–Sí, sin duda. Pero yo no quiero que se lea como una novela de tesis. Ciertamente, lo que vos planteás se me desdobla hacia una perspectiva más ensayística. En mi próximo libro, que se llama *Un género para la muerte*, intento trazar un eje de lectura entre tres escritores, Kafka, Segalen y Lee Master, tres escritores contemporáneos. En los tres se articula una idea que se podría llamar "la escritura como inscripción", es decir: la relación entre la escritura y el epitafio plantea de forma insoslayable la cuestión del nombre propio y la identidad. La frase del título, "ni muerto has perdido tu nombre", es de *La Odisea*. En realidad, la usé en un artículo sobre Juan Moreira y la cuestión de la tumba de Moreira, que no tiene epitafio. Al respecto, hay un trabajo de Viñas que alude a esa misma cuestión. Yo voy un poco más allá, porque Gutiérrez le agrega dos capítulos posteriores y hacia el final se detiene en la descripción de ladaga de Moreira, en forma de letra. Yo sostengo que es esa inscripción la que faltaba en el primer final, y que aparece en los capítulos posteriores. Es como el retorno de lo que le fue sustraído en esa primera versión. La inscripción que aparece después. Es una idea que habría que completar con un trabajo de campo, examinar los recordatorios de los desaparecidos, como los que aparecen en **Página/12**, y ver hasta qué punto no funcionan como epitafios. Cumplen la función de epitafio ausente. Entonces, hay allí una relación política: así como con cualquiera se plantea el derecho a saber dónde está la tumba, la relación del epitafio con la identidad tiene que ver también con el Estado. Pero, te digo, todo esto me acercaba demasiado a la posibilidad de estar haciendo una novela de tesis, cosa que yo no quería para nada.

¿Cómo describiría ese diálogo que existe entre su proyecto narrativo y su trabajo profesional en el campo del psicoanálisis?

–Bueno, yo escribo ensayos de psicoanálisis, y escribo de una manera disociada, separada. Es algo que alguna vez me señaló Jorge Panesi: se hace muy patente el reparo extremo en evitar hasta el uso de palabras que son del psicoanálisis. Pero asimismo intento ser muy preciso y, casi te diría, no científico, porque no lo soy, pero sí muy demostrativo. Trato de ir siempre al ejemplo. En el análisis, uno trata de suprimirse como yo. Como decía Mallarmé respecto de la poesía, se impone suprimir el yo. No obstante, en este relato, hay un ejercicio casi flaubertiano: el intento de llegar a una escritura sin estilo. Que no hubiera nada que remitiera a Gusman. Ninguna marca del trabajo anterior. Eso era un desafío, porque además la temática exigía un narrador casi neutro. Quería evitar la moraleja, al menos la moraleja del lado del narrador. En todo caso, que apareciera en el interior de la relación entre los personajes. Al mismo tiempo, intento ser muy cuidadoso con los adjetivos. El libro está muy corregido y atento a evitar el "estilo propio". Traté de buscar una diferencia respecto de los libros anteriores. Aunque quizás uno escribe siempre el mismo libro, a mí me parece que éste es muy diferente. Es una novela de pura trama, de hecho se me hace muy difícil contestar sin reponer la trama. Entre el suspenso y el miedo, habría que plantear qué viene primero. Esa temporalidad de la novela dividida en dos, para lo que necesité una barrera física. Soy muy malo en la descripción objetiva. Enseguida se me interpone la imaginación. Acá parece que lo logré porque contuve la cuestión más digresiva y asociativa.

¿Y por qué contar la historia del presente, desde el punto de vista de este personaje de la dictadura, tan miserable y oprimido que hasta puede llegar a leerse casi cómo una víctima?

–Elegí, para contar esta historia, que nunca va a dejar de contarse, la lateralidad. Que no es la marginalidad, ni los intersticios. Me gustan los personajes más desafectados, pienso en el Kurtz de Conrad o los personajes de Kafka, esos personajes históricamente desafectados, casi anacrónicos. Lo cual aporta una versión humana de lo inhumano que puede haber en este tipo de personajes. Es una tarea muy difícil, porque se interpone la ideología del escritor. Uno tiene sus prejuicios. En *Villa*, el personaje más difícil no era Villa, era un coronel a quien me costaba hacerlo hablar. Se me hacía demasiado bueno, o demasiado poco comprometido y me costaba mucho, desde el punto de vista ético.